

LETRAS Y ARTES

SILUETAS

"FAGUS"

Ha muerto "Fagus", el último de los poetas melódicos de París...

"Fagus" era el pseudónimo con que firmaba sus trabajos el original poeta Félix Fayet...

Bien recuerdo su aspecto. Lo conocí una tarde lluviosa en un marco adecuado: en el romántico Café de los Vosgos...

Cada obra de estas, escritas todas en un francés sencillo y elegante, es una prueba segura del talento creador de este poeta desentendido que muchos críticos no han tenido la avilantez de querer reconocer...

"Fagus" era como un naufrago perdido en aquel océano de lucos y pasiones que es París. Odiaba cordialmente la luz...

La muerte de "Fagus" ha sido tan simbólica y original como lo fue su vida; el poeta de los boulevards ha sido víctima de ese mismo progreso mecánico que aborrecía...

La muerte de "Fagus" ha sido tan simbólica y original como lo fue su vida; el poeta de los boulevards ha sido víctima de ese mismo progreso mecánico que aborrecía...

vel, su acento juvenil y su arrogante estilo de auténtico poeta que nacía a la vida de las letras con un siglo de retraso...

Público numerosas obras, entre ellas recordamos: "Ixión", "Pas perdus", Testamento de sa vie première...

Cada obra de estas, escritas todas en un francés sencillo y elegante, es una prueba segura del talento creador de este poeta desentendido...

"Fagus" era como un naufrago perdido en aquel océano de lucos y pasiones que es París. Odiaba cordialmente la luz...

La muerte de "Fagus" ha sido tan simbólica y original como lo fue su vida; el poeta de los boulevards ha sido víctima de ese mismo progreso mecánico que aborrecía...

La muerte de "Fagus" ha sido tan simbólica y original como lo fue su vida; el poeta de los boulevards ha sido víctima de ese mismo progreso mecánico que aborrecía...

Merci, mon Dieu, merci!

José Sanz y Díaz

NUESTRAS PROXIMAS PAGINAS

La del día 28 estará dedicada a temas de Navidad...

PASTOR-plural

Regañera de la Higuera Verdal arriba, llegué hasta la ledera de "Lo Establecido"...

La existencia de la mañana ya comenzaba a verdear, depurada, primitiva, tras aquella lluvia que cayó sobre el campo "como pera en tabaque"...

Subi más, con el olor malo del cuerpo por compañía, queriendo olores buenos. Pisaba nieblas y soldorijas. Me embestaban de cuando en cuando aquellas, oscureciéndome, menoscabándome; pero en seguida me deslumbraba el sol...

Oí esquilas, tuve noticias de pastora en el momento en que pensaba en ella con mi vida; vi aparecer, colgada de un filo, ya mi atención alerta y mis ojos corrientes, la blancura imprudente de una cabra, que se despedría resigüente sobre un tajo siempre mortal y bello...

Tras aquella parte, pura, desocudada, adviné toda la unidad fraccionaria del rebaño. Que fué cobrando presencia, y con presencia bulto, y con bulto proporciones, armonías, blancuras inesperadas...

Y el pastor, el hombre montó todo el ganado se derramaba desde el pastor en un pico. El pastor, punto de partida, desenlace del ganado. Al verlo, extraño, solo contra soledades, proyectado en sombra, mi perro le ladró como si fuera de la noche...

—¿Qué haces? ahí,—me gritó a mi él, con su voz, como un pedazo de sierra también, de dura, desnuda y combatiente...

—¿Lo que Dios y tú; ¡vagar!

—Es que el perro me espanta el ganado,—respondió a mi respuesta, como si me dijera; ¡vete!

El pastor, el otro yo, que no era de mí, me echaba. Me acometió casi un desconsuelo de adán expulsado. Tuve el sentimiento de que era yo quien me echaba, sin querer irme: ¡Vete, Miguel; vete de ti!

El, yo, él, yo, por un gesto involuntario de mi voluntad, sin querer, sin miedo, sin pensar que si él llevaba piedra en honda para lanzarla con un furor de círculos cantantes, yo llevaba un brazo ejercitado en azuzar guijos contra luceros, el que tenía que obedecer. Y obedecí, vencido doble. Podió por los dos Migueles que éramos él y yo...

Se quedó solo en su altura con su inocencia baladora y apenas en dispersión. Desde abajo aún le ladraba mi perro. Y cada peña al instante. Se multiplicaban los ladridos. La sierra parecía una gran jauría de romeros y hierbas dispuesta contra el pastor: el otro.

Me alejé a prisa por acallar el rebaño de raba que me seguía, entre almenados desnudos. Ya no pude apurar sin retama las horas campesinas con la vocación de serenidad y alegría con que las había buscado.

MIGUEL HERNANDEZ GINER

TRANSCURSO

(A Norah Borges de Torre)

Al otro lado de este mundo, hay un coleccionista de manos fotografiadas. De manos de mujeres y de hombres que están en posesión de un arte. Como "ella" pinta, "él" ha retratado sus manos.

Estaban y venían mis ojos por el fondo de su estancia; encontraron el retrato alto, en un marco de azules, tiras, de mis manos esbeltas de grácil en reposo, y "ella" dijo: "son mías", alargando unas manitas que terminan en vuelo de alegoría.

Eran suyas, y en las mías creí yo ver acuarelas, oleos diminutos, rodillas de niñas que están en el mar, oídoras de miso recién corados de sus madres en llanto.

¿Cuántas manos que poseerán secretos de curadas vileradoras, de papel más blanco donde se escribía amor, y de aguas que huyen incansables en busca del Agua Grande, tendrá el hombre que retrata manos!

Todo el misterio de lo que "ella" pinta, dibuja, acaricia de color, se me reveló súbito. Por sus dedos corría Sangre de óleos no hechos aún, pero en trance de venir a la vida.

Siempre sostendrá aquel retrato un monólogo de serenas actitudes, cuando esas manos avanzan, corran como la Sangre de acuarelas que las nutre, pintarán las mías, pequeñas y laboriosas de poesía, abiertas en sorpresa ante las manos del retrato?

Poema de las músicas solitarias. Estamos dentro de muchas preocupaciones. El tiempo se gasta como las esmeraldas, y nosotros vivimos dentro del tiempo, cuando por las sienes cruza un viento pequeño, levantando el vuelo sosegado de recuerdos bien apacentados. Y brota una música, pálida, tímida virgen sin besos de ilusión. Suave, va creciéndose: ahincándose, desdoblándose. Tiene rallo, hojas, y un fruto que sólo para nuestro silencio se abre, que sólo para nosotros luce, sólo después sus colores.

Ya ha tomado la música posesión de nuestro cerebro. Todo se borra en torno, ninguna idea se atreve a deslizarse. El torrente magnífico se precipita en aciertos que nos hacen sonreír con delicia. ¿Cómo era que no creíamos saber tan exactamente este volumen de sopidos, esta arrogancia musical?

Abrimos un paréntesis. Hacía afuera, la música se niega a verterse. ¡Es nuestra, sólo del silencio exterior, para el fondo callado del alma!

¿Quién, dónde, cuando lo oímos? Unas manos se entorman en el recuerdo. Pianos, violoncelos, graves y hermanos ríos de vo. La frente del que salía los

LIBROS

"UN HOMBRE DE 35 AÑOS", por Manuel D. Benavides.

¿Es éste de Benavides, un libro revolucionario? Se ha calificado así por alguna crítica, pero yo tengo mis reservas. Lo evidente es que no tiene la pretensión de serlo. De haberla tenido, el autor hubiera dado al protagonista una rotunda afirmación ideológica que no tiene. Encarna sólo algo tan importante como esto: la indecisión sobre los hechos palpitantes de la República.

El libro, más que novela, es el reportaje de una faceta, de un aspecto, de la llamada revolución española. No totaliza, el autor en la crónica, el ambiente de estos dos años de República. Se limita a expresar en escenas de vivo y hondo realismo, la fisonomía más fuertemente revolucionaria del bienio, y para ello sitúa al protagonista—cuya responsabilidad arroja todo el sentido de los juicios y comentarios sobre el panorama político de España—en las zonas suburbanas del período constituyente, en aquellos sotabancos donde los juegos de palabrería y de audacia parlamentaria, iban encerrando el sedimento de una revolución posible; en aquellas galerías soterradas que ocultaban el filón cruento del que lo demás, en España, ha sido la emanación, denunciadora.

Y esto, como estamos viendo, no ha sido lo fundamental. Lo fundamental ha estado en la otra zona de la que surgió el movimiento auténticamente español, que permitió felizmente, que no se escribiera el último capítulo temido por Benavides. El mismo protagonista, al que los vientos malos de la suerte arrojaron, como a una pluma, en brazos de las agitaciones de la C. N. T. y de la F. A. I., no encuentra plena competencia en cuanto vive y, entre el chubasco de los acontecimientos—en los que a veces siente sincera inclinación hacia la conducta de las gentes que lo rodean—hay siempre, aun en tales momentos, un gesto de escepticismo y desgana.

Yo no temería calificar su psicología de reaccionaria. De reaccionaria en el sentido que hoy cabe la reacción: llena de humanidad y auténtica democracia. Fantasía plena de arrebatos poéticos;

designios de los instrumentos. El día, la noche, la aurora en que oímos esta, aquella música... Y nuestro corazón, acompañado, cierto, exacto de emoción.

Nuestro lanzamos al gozo divino que solo nuestro cerebro puede reconstruir. Mares de música, islas de música, cordilleras de músicas, ¡cataratas de músicas nos rebalsan el alma!

Y estamos solos, erguidos de sabiduría solitaria, conciencia de la Belleza eterna solitaria de las músicas.

Allá va mi corazón temero de sonos que para mí digo siempre, a la cima del puro delta donde aguardan otras músicas bien encendidas.

Carmen Conde

Raimundo de los Reyes

Madame Récamier y el conde de Forbin

Por MAURICE LEVAILLANT

En los últimos años del Directorio y durante los brillantes inviernos del Consulado, era un espectáculo arrebatador el de la danza de Madame Récamier; en modo alguno la prodigiosa ella. Para ciertos privilegiados, en salones donde los invitados, aquellas tardes, se apretaban, pero más preferentemente en su propio salón de la calle del Mont-Blanc, ejecutaba por sí sola los pasos de una gavota entonces famosa.

Al parecer la había inventado Madame de Krüdener y con ella, Madame Tallien la había puesto de moda. La "divina Julieta", como ya se decía, la renovaba imprimiéndole el encanto de una gracia a la vez voluptuosa y pudica. Era la danza del Mal, que Madame Staël iba pronto a difundir en Corina.

Vestida de rosa y de blanco, sus cabellos de un rubio ceniciento perdidos en una muselina, Julieta avanzaba con una sonrisa tímida y saludaba a la asamblea con las dos manos. Después, "volviéndose ligeramente sobre sí misma", agitando con la punta de los dedos un echarpe que tomaba sucesivamente la forma de un cinturón, de un corintaje, de un velo, y todos los aspectos cambiantes de una nube, desarrollaba las escenas de una especie de pantomina donde alternaban la precisión y la molición de las actitudes. Transportaba a "todos los testigos de esta danza mágica, a una existencia ideal donde se sueña con una felicidad que no es de este mundo". En este "momento supremo", un ahiler hábilmente deslizado de su cabeza, hacía ondular en torno de ella "las olas de su larga cabellera". Se detenía un poco jadeante para retirarse a su "boulevard". Allí, envuelta en los pliegues de un peñador blanco y rosa como su vestido, se arrojaba en una otomana. Al resplandor favorable de lámparas medio veladas, diosa envuelta por una bruma de oro, recibía, enrojecida, los cumplimientos de sus adoradores.

Entre tantos devotos—¿podrían ya contarse?—figuró varias veces el joven barón de Forbin, gentil hombre amable, y por lo demás muy amado, dotado para las artes y las letras, y que paseaba entre los salones un ingenio a veces caustico, siempre brillante. Contentaba en alabanza de Madame Récamier la palabra que el caballero Boufflers había inventado para Madame Tallien: "Jamás se ha visto a nadie danzar con los brazos". Admiraba a la bailarina y unos diez años más tarde se prendió locamente de ella. Las cartas que escribía a Madame Récamier, desconocidas hasta ahora, van esta semana a figurar en una venta pública. El catálogo de esta venta proporciona de ella extractos muy curiosos, que una amable benevolencia nos ha permitido enriquecer con varias citas complementarias. Contiene también la relación, muy pintoresca, de una visita que el escritor Bonilly hizo en el mes de febrero de 1804, a la deidad de la danza y de las gracias. Para las cartas de amor del conde de Forbin no se podría soñar pretacio más oportuno.

El poeta alemán Kotzebue acababa de pasar seis semanas en París. Madame Récamier lo había conquistado con una mirada. Apenas regresó escribió un artículo

en alabanza de su bella anfitriona. Lo envió a su amigo Bonilly, a quien encargó de llevarlo por sí mismo a la calle del Mont-Blanc con una carta. Esta comisión que debió alegrar al honesto y sensible Bonilly? ¡Ay! Le molestaba. No conocía a Madame Récamier, sino solamente a los enemigos de aquella lindísima mujer. En una palabra, estaba "prevenido contra ella": "la creía lo que estaba ella muy lejos de ser". Temía afrontar a la sirena. Se armó de pensamientos rigurosos y de reflexiones severas antes de abordarla.

Pero el milagro de la gracia y de la sonrisa, se operó una vez más: "He encontrado, escribe el hombre austero todavía penetrado por la emoción, he encontrado inocencia sin presunción, gracia en todo y por todo, sencillez, hasta—y sobre todo—Bondad, cosa a la cual me atengo esencialmente. No me he podido contener diciéndole que no esperaba encontrar tantas amables cualidades reunidas, y que con su rostro y la aureola que lo rodea, podía dispensarse de ser también una mujer buena. Ella me ha respondido con esa sonrisa acurridora que vos conocéis: —Que queriendo tener en su vejez amigos que no debiera en nada al prestigio pasajero de la belleza, se estudiaba sin cesar en lo necesario para que se la llamase una mujer buena."

Euforizadora confesión, recogida al vuelo, y que alumbra la estrategia femenina de Madame Récamier. En cada enamorado veía ella un amigo futuro. Temiendo las tempestades de las pasiones preparaba de lejos para las bonanzas de las amistades, un abra segura a su vejez. La dulzura y la bondad le parecían una situación más sólida que el amor. Bonilly, en la tarde del 5 ventoso del año XII, salió de su casa contento de no tener más que admirar: "Mañana cenó en su casa y por la noche me encuentro en un gran baile donde ella danza la gavota. Se dice que en esta danza, en este momento del gran tono, se parecen dos lágrimas de rocío, a Venus pública."

Niveo o diez años más tarde la diosa ya no danzaba. Bajo la cólera de Júpiter, En Roma volvió a encontrar al barón de Forbin, ya célebre por sus diversos talentos y que pagaba con un medio destierro el escándalo de un amor demasiado ruidoso por la hermana de Napoleón, la radiosa y fácil Paulina, princesa Borghese. Chateaubriand lo había encontrado en Ginebra en la cumbre de su triunfo, orgulloso de "pasar en sus miradas la dicha interior que le inundaba", y de "tener en sus manos poderosas el corazón de las princesas". En 1814 estaba cansado de tales triunfos. Conquistado por la dulce y angelica belleza de aquella a quien había visto en otro tiempo, danzar agitando el velo de las ilusiones, pedía a su corazón un encanto más sosegado y más profundo. No tenía más que treinta y seis años y "una estatura elevada, una desenvoltura elegante y noble, ojos hermosos, rasgos regulares, constituyendo lo que se hubiera llamado en la antigua corte un hombre cabal". Habló tímidamente y recibió la respuesta ordinaria: No se le desanimaba, dejándole un poco de esperanza. Por lo demás, sus aventuras suspiraban "una desconfianza muy perdonable". Que ganase el derecho de ser llamado, desde luego, un amigo.

Durante poco más de un año, hasta que la Restauración la llama a París, Madame Récamier se dedica a Roma y Nápoles. Las cartas de Forbin la encuentran a orillas del golfo encantador. En la primera, fechada el 26 de marzo de 1814, gemía él de no ser su guía. "Hubiera querido disfrutar con vuestra sorpresa cuando ese hermoso golfo de Gaeta, cuando por fin el de Nápoles, cuando esos horizontes tan mágicos se hayan desplegado ante vos. Vuestra alma debe sentir todo el encanto de esa

naturaleza rica, prodiga en todo género de sensaciones. Pro yo no he nacido más que para las privaciones..."

Poco a poco se vuelve exigente, se queja de las cartas demasiado raras. El 24 de febrero de 1814 afirma: "Traducido todo lo que he dicho, por estas pocas palabras, que son el único pensamiento de mi corazón: mi vida es de vos, sois y seréis siempre el fin, el móvil de todas mis acciones..."

Estas cartas de Italia, en las cuales poco a poco crece la llama, datan del período heroico y encantador de su amor.

En el otoño siguiente, Madame Récamier se restituyó a París, a su salón, a sus amigos, y halló como una renovación de fama y de esplendor. Acercó Forbin y desde el primer paso tropieza con un rival en verdad, inesperado: con Benjamin Constant. La pasión del antiguo amigo de Madame Staël por Julieta está entonces en todo el exceso paródico de su novedad; le escribe case a diario, y casi a diario también encuentra en el salón de su idolo el "gran sabel" y el gran aire de M. de Forbin. Los dos hombres se tosen apretando los puños. Y después, donados por una mirada de su común divinidad, se tienden la mano. Hay cartas de Benjamin: "Creeréis fácilmente que la presencia de M. de Forbin me producía molestia, y que no tenía yo fuerza para sufrir que os halláseis con él. Pues bien: apenas habísteis hablado algunos minutos, cuando nuestro amigo operó en mí..."

Está su Diario: "Larga visita de M. de Forbin. Nuestras relaciones son raras. "Ella" se entretiene más conmigo pero no renunciará a él por mí. Y se establece entre nosotros una especie de trió tragicómico". Forbin al mismo tiempo ¿escribió a Julieta? ¿Quemó ella sus cartas? Nada subsiste de esta época. El desenlace se conoce por una confidencia del mismo Benjamin: "Lo que me impedía fué el gran sabel de M. de Forbin. Entonces quisé hacer muestras de rendimiento. Volví a mi casa y escribí el artículo del "Journal des Débats". Era el famoso artículo de 19 de marzo de 1814 que comparaba a Napoleón. El sabel de M. de Forbin, si hubiese sido más corto, si hubiese hecho menos ruido en el salón de Julieta, la suerte de Benjamin Constant hubiese cambiado y su memoria no hubiese sido calumniada con una acusación de polinodia.

Pronto, sin embargo, M. de Forbin, convertido en Conde, fué nombrado director de los Museos nacionales y encargado de una misión que le retuvo largos meses en Grecia, en Levante y en Egipto. Madame Récamier no fué, sin duda, ajena a esta doble muestra del furor real. Durante su viaje Forbin le escribió cartas ardientes y desesperadas. Ella no le contestó, pero le acogió amablemente al regreso. Había llegado al extremo de su ardor: en puesto del amor aceptaba decididamente la amistad. "...Teneis lo que sobrevivirá de mí; mi alma os quiere". Frecuentó dulcemente la Abbaye-aux-Bois, admiró débilmente a Chateaubriand y a Ballanche. En su última carta, datada el 21 de mayo de 1839—había de morir dos años más tarde—un suspiro melancólico se escapaba todavía de su viejo corazón. "Mi hija tiene la cabeza trastornada con vos, mi yerno lo dice más bajo, pero no piensa en ello menos. Esto será, no lo dudo, un mal hereditario."

Esta historia de un amor siempre fiel, siempre inescuchado, ¡qué homenaje a los prestigios misteriosos y a la habilidad suprema de la "divina" Julieta!